

JUAN RULFO Y EL MUNDO INDÍGENA

SERGIO LÓPEZ MENA

Universidad Nacional Autónoma de México
sergiolm@servidor.unam.mx

En el 2003 se cumple medio siglo de la publicación de dos libros fundamentales para la comprensión de México. Estos libros son *El Llano en llamas*, magistral compendio del dolor de la tierra, escrito por Juan Rulfo, nombre que en su brevedad sostiene la grandeza de quien, como pocos autores, supo llegar a las profundidades del ser humano, y *El pueblo del sol*, de Alfonso Caso, paradigma de nuestros humanistas del siglo XX.

Une a Rulfo y a Alfonso Caso mucho más que el haber publicado el mismo año uno de sus libros. Ambos tuvieron como centro de gran parte de su vida profesional la realidad indígena. Nacido en 1896, Alfonso Caso cursó filosofía y luego derecho. Rulfo, que vino al mundo veinte años después, fue educado en un ambiente de filosofía cristiana, la del Jalisco levítico, y deseó ser abogado. Caso fue el primer director del Instituto Nacional Indigenista, cargo que desempeñó de 1949 a 1970, año de su muerte. Rulfo trabajó en dicho Instituto desde 1963 hasta su fallecimiento, en 1986.

Muchos de los volúmenes editorados por el INI llevan solapas anónimas que seguramente redactó el autor de *El Llano en llamas*. Un manuscrito de Rulfo quedó en el archivo muerto de la que fuera benemérita institución de apoyo a los indígenas. Se trata de una monografía sobre los chinantecos.

En el Instituto dejó Rulfo gran parte de su vida, lo que equivale a decir que a los indígenas del país dedicó mucho tiempo, por vocación de justicia y por convencimiento filosoficomoral, como Alfonso Caso, la energía de su cuerpo y de su mente.

En tanto otros intelectuales buscaban ser embajadores o cuando menos agregados culturales, Rulfo prefirió la vida cerca de la sabiduría indígena. Conoció así, como pocos, ese costado izquierdo de la patria, ese mundo que llevamos dentro y encontramos ajeno e insondable. Qué falta hacía Rulfo el primero de enero de 1994 para explicarnos el levantamiento zapatista, comentaron algunos. Y me atrevo a pensar que si Rulfo viviera estaría del lado de los zapatistas, porque éstos han hecho del dolor una esperanza.

Rulfo traía de su infancia y su adolescencia la firmeza de convicciones auténticas respecto del valor intrínseco del ser humano. No podía torcer jamás el rumbo de sus ideas respecto de la grandeza de los humildes, de la felicidad de las lágrimas y del brillo de la ternura, nuestra herencia aborigen.

Había nacido en lo que tal vez podría decirse un hogar mestizo, o quizás criollo, una de cuyas ramas tenía antecedentes que él mismo remontaba a los años de la Guerra de Independencia: Juan de Rulfo, que había servido al gobierno de Félix María Calleja del Rey, virrey de la Nueva España.¹

Ciertamente es difícil definir la naturaleza étnica de Rulfo, pues en Jalisco hubo muchos cruces de sangre durante el virreinato. En el siglo XVI, los indígenas, diezmados a sangre y fuego por Nuño de Guzmán, lograron sobrevivir en regiones como las de Sayula, lugar en el que está registrado el nacimiento de Rulfo. En Tuxcacuezco, nombre que cedió el lugar a Comala en *Pedro Páramo*, se han encontrado muchos vestigios de los pueblos prehispánicos de la zona.

En la región sur de Jalisco existieron entre los siglos X y XV diversas culturas, que en el Museo Nacional de Antropología e Historia se muestran como Culturas del Occidente de México. Se trata de culturas muy distintas a las del “Pueblo del sol” estudiado por Alfonso Caso, en las que las tumbas de tiro, las mujeres como centro de la vida y los personajes llagados, deformes o de labio leporino constituyen una particularidad evidente. En la estética del “Pueblo del sol” se destaca al guerrero, al varón, al caballero águila; la belleza la dan la perfección de las formas y el entramado simbólico. En las cultura aborígenes de las tierras rulfianas, el artista reclamó para sí la alegría de la vida familiar y el dolor de los cuerpos enfermos. El barro del sur jalisciense muestra a mujeres en juegos de aldea, y figurillas de hombres llagados, tal vez los antecedentes de los leprosos que aún en la primera mitad del siglo XX existían en gran número en la frontera de Jalisco y Colima. Esos hombres de cuerpo pustulente y de labio leporino, fenómenos propios de la vida más pobre, no podían ser motivo estético para los artistas de Anáhuac. Rulfo, en la tradición jalisciense verdadera, nos habla de la muerte. Es el poeta cósmico del desamparo. Ciertamente, en el alma azteca, dice

Alfonso Caso, al ideal imperista hacía contrapeso un sentimiento de pesimismo y melancolía:

En hierba de primavera nos convertimos;
llegan a reverdecer,
llegan a abrir sus corolas nuestros corazones;
pero nuestro cuerpo es como un rosal;
da algunas flores y se seca.²

La grandeza del peregrino de Talpa frase de Arturo Souto que nos muestra Rulfo en uno de los cuentos de *El Llano en llamas* reside en que habiendo padecido y padeciendo una enfermedad contagiosa ¿acaso lepra? busca con sacrificio y sufrimiento el milagro de la fe en la imagen de Talpa. Tanilo muere, es decir, vive ya sin dolor y sin la miseria de ser hombre. Según Carmen Alardín, Rulfo declaró alguna vez que sólo son superiores a nosotros los que están bajo tierra. Inmensa verdad.

Rulfo llegó al conocimiento profundo del ser humano al observarlo y sentirlo en su caída y su derrota. En alguna entrevista, alguien le preguntó si él era pobre, y supo contestar: No, pero sí sé lo que sienten los pobres. Rulfo nos dio el testimonio del dolor del campo.

¿Es Tanilo, el de “Talpa”, un indígena? Es un habitante del pueblo de Zenzontla -lugar de zenzontles, en náhuatl; alguien que se expresa en español y que tiene fe en la Virgen cristiana.

Desde tiempos prehispánicos, la mujer ha sido en Jalisco el pilar de la vida. Hay crónicas del siglo XVI que hablan de cacicas, más que de caciques. Jalisco es obra de mujeres bíblicas, de madres enlutadas. Ese Jalisco de las tres Vírgenes milagrosas, la de San Juan de los Lagos, la de Zapopan y la de Talpa. Rulfo debió ir más de alguna vez en la peregrinación de su pueblo al santuario de Talpa, situado en la parte occidental de Jalisco, entre las montañas de la Sierra Madre.

Rulfo trabajaba para la Comisión del Papaloapan cuando se le solicitó un dictamen sobre uno de los libros fundamentales para conocer la historia social de Oaxaca, particularmente la de los municipios del distrito de Ixtlán, *La Sierra Juárez*, que Rosendo Pérez García había preparado entre 1917 y 1949, consultando, entre otras fuentes, a hombres doctos, aunque iletrados, de la región. En unión del profesor Antonio Barbosa Heldt, recomendó la publicación de la obra, diciendo:

Los interesantes pormenores que en ella se tratan hacen absorbente su lectura, dando una viva imagen de lo que es la Sierra y sus moradores, además de estar escrita en forma didáctica y sencilla.

[...]

Por todos conceptos, sería conveniente que la Comisión del Papaloapan auspiciara la publicación de esta interesante monografía, ya que como documento de consulta o de conocimiento histórico y geográfico resulta positivamente útil, y quizá no superada por ninguna otra obra de esta índole en la región estudiada.³

Rulfo conocía muy bien el territorio mexicano, pues los había recorrido palmo a palmo en los tiempos en que se desempeñaba como agente de

ventas de la Goodrich Euzkadi. Le atrajo de manera especial el mundo indígena del sureste, Oaxaca y Chiapas. De sus visitas como agente a la zona de Ixtlán de Juárez puede proceder el germen de uno de sus relatos más representativos, “Luvina”, en el que el exmaestro cardenista recuerda ante un recaudador de impuestos o acaso un nuevo maestro la ilusión con que había llegado a ese nido de tristeza. En efecto: Rosendo Pérez García, en *La Sierra Juárez*, describe así la agencia municipal de San Juan Bautista Luvina, dependiente de Macuiltianguis, Oaxaca:

En el zapoteco de hoy se puede afirmar que Luvina es corrupción de la frase loo-ubina, en que la primer sílaba significa “sobre” o “cara”; la segunda “pobreza” que raya en la miseria, lo que juntando la significación sería sobre la miseria, atributo que sí corresponde a la situación constante de esta gente.⁴

En “Luvina”, aparecen hombres afantasmados por la miseria. No es el exmaestro rural, ahora dueño de una cantina situada al paso del camino, un indígena. Tampoco lo es su interlocutor. Pero sí tiene el pueblo recordado un ambiente de silencios y misterios aborígenes. Como ha dicho Jean Marie Le Clézio, es el silencio un elemento característico de los pueblos autóctonos.

Los luvinenses de Rulfo reflejan una forma de ser que Pérez García señala en *La Sierra Juárez*, su contumacia ante el gobierno. Cuenta a su interlocutor el antiguo maestro:

“Un día traté de que convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. ‘Vámonos de aquí! les dije. No faltará modo de acomodarnos en alguna parte. El gobierno nos ayudará.’

Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos, de los que sólo se asomaba una una lucecita allá muy adentro.

‘—¿Dices que el gobierno nos ayudará, profesor? ¿Tú no conoces al gobierno?’

Les dije que sí.

‘—También nosotros lo concemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno.’”⁵

“Luvina”, según relataría el propio Rulfo, fue el cuento que le dio la clave para escribir *Pedro Páramo*, seguramente por la atmósfera de olvido y desilusión.

Un cuento que no figura en la primera edición de *El Llano en llamas* es “La herencia de Matilde Arcángel”, esa trágica historia de Euremio Cedillo y su hijo, del mismo nombre. Los acontecimientos que en él se narran pudieran haber sido situados por Rulfo en alguno de los pueblos del sureste, si no es que oyó esa historia entre los caminos de la selva. “Corazón de María”, el pueblo de los Euremites, no figura en la geografía jalisciense, pero sí en la del estado de Chiapas. En los municipios de Ocosingo, San Cristóbal de las Casas y Tuxtla Chico existe ranchos con ese nombre.

Sergio Fernández fue el primero en realizar una lectura indigenista de la obra de Rulfo. En reseña publicada en la revista *Filosofía y Letras* en 1954, habló de los personajes de *El llano en llamas* como indígenas, y aun pareció ver en el autor de los cuentos alguien que poseía la condición humana indígena. En estos quince cuentos, dijo,

Es el indio el que habla y lo hace para sí. No le importa tanto ser o no entendido plenamente, ni tan siquiera interpretado. Lo que intenta es salir, en parte, de su mutismo histórico, que no lo ha abandonado sino por contados momentos, una vez consumadas la Conquista y la Evangelización. Nosotros hemos adivinado, intuitivo, su condición humana. Rulfo la tiene en sí y por ello es capaz de mostrarla, aun cuando este enseñar una conciencia mítica, misteriosa, aletargada, sea un parto pocas veces esperado y por consiguiente aun más doloroso. Conciencia que se abre con Rulfo, pero que muere también con él.⁶

Pero esa interpretación no corrió con fortuna. Más que de una visión indígena, se habló de una literatura telúrica que correspondía al occidente de México, y se llegó a afirmar que el lenguaje seco y a la vez metafórico que hay en la obra de Rulfo era el de los alteños de Jalisco, si bien Salvador Elizondo dijo no saber de qué pueblos podría tratarse y aun ignorar si éstos realmente existieran. La lectura telúrica de la obra de Rulfo se enmarca en una interpretación nacionalista o regionalista, de “evidentes limitaciones”, como señala Anthony Stanton.⁷

En las últimas décadas, se han efectuado algunas lecturas de la obra de Rulfo, sobre todo de *Pedro Páramo*, desde una perspectiva antropológica. Martín Lienhard afirma que los mitos prehispánicos pueden subyacer entre las fuentes profundas de la escritura de esa novela. Luego de relacionar a Juan Preciado con Quetzalcóatl, dice:

Pensamos que la presencia subterránea del mito de Quetzalcóatl es el efecto de unos mecanismos intertextuales todavía poco conocidos. El o los textos subyacentes a *Pedro Páramo* no son en este caso forzosamente textos literarios más antiguos, e incluso no son forzosamente textos verbales. Planteamos la hipótesis de que las mitologías, las prácticas rituales y otras prácticas sociales, tanto de los antiguos habitantes de México como de los campesinos actuales, indios o mestizos pobres, constituyen uno o varios sistemas, tejidos o “textos” que pueden manifestarse, de modo fragmentario y metamorfoseado, en un texto narrativo actual.⁸

El planteamiento de Martín Lienhard podría estar equivocado si se tratase de una lectura azteca de la obra de Rulfo, sin tomar en cuenta la lejanía o las particularidades de las culturas del occidente de México. Pero podría ser acertado, si al estudiar esos pueblos prehispánicos del sur de Jalisco concluyéramos que participaron de la cosmovisión de los pueblos del centro de México. Si bien es cierto que en la región jalisciense había los más diversos pobladores: cocas, tecos, otomíes, tarascos, huachichiles, hay que admitir que abundan en ella topónimos de origen náhuatl, y que al llegar los españoles encontraron generalizada una lengua que los franciscanos llamaron náhuatl de Jalisco, para la que eran necesarios intérpretes. Por otra parte, los ejércitos de Nuño de Guzmán fueron engrosados por miles de

aztecas de la Tenochtitlan vencida que participaron al lado de los españoles en la cruentísima conquista de occidente, y en los siglos XVI a XVIII hubo una extensa explotación de mano esclava negra en las plantaciones cacaoleras, las salinas y los trapiches del sur de la Nueva Galicia.

Indígenas de hoy o mitos prehispánicos, el tema del indio está en la historia de las lecturas de la obra de Juan Rulfo. Concedamos que hay en ésta un sustrato local: los nombres geográficos y de las plantas, y en *Pedro Páramo*, una breve excena en la que vemos a los habitantes de Apango bajar a Comala a vender sus yerbas, cuadro que hace recordar los versos de Alfonso Reyes en “Yerbas del Tarahumara”:

Con la paciencia muda de la hormiga,
los indios van juntando sobre el suelo
la yerbecita en haces
-perfectos en su ciencia natural.⁹

Admitamos en la obra de Rulfo la presencia de elementos característicos del alma indígena. Sin embargo, si están en ella más allá de eso, son inaprehensibles en su unicidad.

En una conversación radiofónica entre Rulfo y Fernando Benítez, se dio el siguiente diálogo acerca de la realidad indígena y pluricultural de México. Dijo Rulfo:

Pienso que México en un futuro cercano tendrá recursos suficientes para llevarlos a las zonas marginadas y combatir la desigualdad. No soy un profeta, pero creo que nuestro país seguirá siendo por muchos años un país de muchas lenguas, de muchas culturas diferentes, de costumbres y mitos maravillosos. En los indios hay algo distinto, algo nuevo y muy viejo que no hemos logrado valorar ni aprovechar debidamente.

Le respondió Benítez:

Yo creo, Juan, que no hubieras escrito *Pedro Páramo* ni *El Llano en llamas* si no existiera ese algo distinto y muy viejo de que me hablas.

Es una atmósfera de magia, de misterio, de desdoblamientos, que trasciende nuestra vida y le otorga su estilo propio. Tocamos algo sagrado, algo que entiende el artista, y a lo que tú le has dado universalidad, pero también hay allí una soledad, un dolor, un ambiente de fantasmas, porque hay millares de fantasmas, en millares de pueblos fantasmáticos que van a la deriva del tiempo.¹⁰

La obra literaria de Rulfo no es indigenista, si bien se publicó en una época en que el indigenismo dio en México importantes textos, como *El diosero*, de Francisco Rojas González (1952); *Juan Pérez Jolote, biografía de un tzotzil*, de Ricardo Pozas, que había sido un reporte antropológico de 1948 y que apareció reelaborado literariamente en 1952, *La bruma lo vuelve azul*, de Ramón Rubín (1954); *Balún Canán*, de Rosario Castellanos (1957), y *Los hombres verdaderos*, de Carlo Antonio Castro (1959).

La obra de Rulfo habla del México mestizo, que es el México de la mayoría de sus habitantes. Dijo Alfonso Caso en 1962:

México es un país mestizo, y la inmensa mayoría de su población tiene sangre indígena y sangre blanca. Establecer distinciones raciales, además de ser una actitud anticientífica, sería inútil, pues no podríamos fundar en ellas una política.¹¹

El trabajar en el Instituto Nacional Indigenista le brindó a Rulfo la oportunidad de estar cerca de una realidad que siempre le había interesado, la vida de los indígenas, esos hombres de raíz que, escribió Ortiz de Montellano, tienen alma colectiva, pero les falta el cuerpo.¹² Fue sobre la parte oscura de los hombres con alma y con rostro que nos dejó un puñado de cuentos inmarcesibles en *El llano en llamas*.

NOTAS

- 1 V. *Los narradores ante el público*. México: J. Mortiz, 1966, p. 25.
- 2 Alfonso Caso. *El pueblo del sol*. México: FCE, 2000 (Colección Popular, 104), p. 123.
- 3 Rosendo Pérez García. *La Sierra Juárez*. Libro primero. México: Gráfica Cervantina, 1956. p. 11.
- 4 Idem, Libro segundo, p. 220.
- 5 Juan Rulfo. *Toda la obra*. Edición crítica, coordinada por Claude Fell. Madrid: CSIC, 1992 (Colección Archivos, 17), p. 110. En México, decir que alguien no tiene madre equivale a decir que excede toda medida en sus acciones deshonorosas. La frase No saber nada de la madre del gobierno conlleva la expresión de que éste no tiene madre.
- 6 Sergio Fernández. “*El llano en llamas*”, en *Filosofía y Letras*, ns. 53-54, enero-junio de 1954, pp. 259-260.
- 7 Anthony Stanton. “Estructuras antropológicas en *Pedro Páramo*”, en Juan Rulfo. *Toda la obra*, ed. cit., p. 852.
- 8 Martín Lienhard. “El substrato arcaico en *Pedro Páramo*: Quetzalcóatl y Tláloc”, en Juan Rulfo. *Toda la obra*, ed. cit., p. 845.
- 9 Alfonso Reyes. *Antología*. 2ª. ed. México: FCE, 1965. (Colección Popular, 46), p. 151.
- 10 “Juan Rulfo y Fernando Benítez hablan sobre los indios”, en *México Indígena*, número especial de aniversario, diciembre de 1978, pp. 259-260.
- 11 Alfonso Caso. “Los ideales de la acción indigenista”, en *México Indígena*, número especial de aniversario, diciembre de 1978, pp. 79-80.
- 12 V. Enrique Fernández Ledesma. *Autógrafos de la Biblioteca Nacional*. México: UNAM, 1974 (Anejos al *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 3).